

LAS DOS DRACMAS: CONCIENCIA ESPIRITUAL *

Gopa-svāmī Dasa**

28 de julio de 2007

«Cuando llegaron a Capernaum, vinieron a Pedro los que cobraban las dos dracmas, y le dijeron: ¿Vuestro Maestro no paga las dos dracmas? Él dijo: Sí. Y al entrar él en casa, Jesús le habló primero, diciendo: ¿Qué te parece, Simón? Los reyes de la tierra, ¿de quiénes cobran los tributos o los impuestos? ¿De sus hijos, o de los extraños? Pedro le respondió: De los extraños. Jesús le dijo: Luego los hijos están exentos. Sin embargo, para no ofenderlos, ve al mar, y echa el anzuelo, y el primer pez que saques, tómalo, y al abrirle la boca, hallarás un estatero¹; tómalo, y dáselo por mí y por ti»².

El hombre de pensamiento materialista, sea o no religioso, se ha hecho a sí mismo súbdito de las cosas materiales, buscando incesantemente una felicidad que no encuentra, y tergiversando durante siglos la enseñanza espiritual para adecuarla a sus ambiciones temporales. Esto es carencia de conciencia espiritual.

Los Evangelios no son manuales para meditar diariamente diez minutos en cómo conseguir dinero, poder, prestigio, placeres, o la solución de preocupaciones concretas para obtener una supuesta felicidad: apuntan a la comprensión de nuestra propia condición presente, y de ahí, hacia la restitución de nuestra relación con Dios.

El lenguaje que utilizan, además de su evidente intención teológica, es parabólico. Esto es que, en la misma narración, coexisten el hecho cotidiano y su

* Ponencia presentada en ocasión del VII Aniversario de Maná, Museo de las Sagradas Escrituras, A.C., en México, D.F.

** Miembro de la Sociedad Internacional para la Conciencia de Kṛṣṇa, A.R., y representante de Diálogo Interreligioso por esta institución. Correo electrónico: info.harekrishna@mac.com.

¹ En la época selúcida estaban en curso en Palestina monedas griegas. La unidad es la dracma. Estaban también en curso las didracmas, se llamaban también estatero. H. Haag et. al., *Diccionario de la Biblia*, 1963, Empresa Editorial Herder, S.A., Barcelona.

² Mat. 17:24–27. Todas las citas bíblicas son tomadas de la edición Reina-Valera 1960, excepto donde se indique lo contrario.

significación trascendente, profunda, o mejor aún, *lo anecdótico de la vida es usado como fondo para presentarnos la plenitud de la existencia.*

El pasaje particular registra la ocasión en que Jesucristo accedió a pagar el tributo anual y personal para las necesidades del Templo, pero esto es sólo el marco de referencia. Reducir su significación a un Jesús que «comparte» lo que tiene para enseñarnos a hacer lo mismo, o que, sabiéndose Él y sus discípulos exentos de tal pago aún así consiente en ello, sólo para no «escandalizar» u ofender a los cobradores, o incluso que el aspecto determinante fuera la manifestación de un prodigio, sería una interpretación muy ingenua, que es necesario superar. Podemos analizar brevemente por qué las propuestas anteriores son insuficientes, puesto que no reflejan ni la dimensión ni el carácter de su persona.

En primer lugar, observemos que las enseñanzas de Jesucristo nunca son sentimentales, sino plenas de un amplio contenido. A menudo parecen incluso bastante severas, como cuando responde a alguien: «Deja que los muertos entierren a sus muertos»³. Su propósito, en definitiva, no es el de un moralista mundano y ordinario.

Por otro lado, si alguien se atreve a cuestionar a la élite sacerdotal y a los escribas, es Él mismo, ¡y frente a frente! Por esto, pagar sólo para evitar que los cobradores se irritaran sería una motivación por demás trivial, y ¿es trivial la presencia, obra y enseñanza del Señor Jesucristo?

Por último, notemos que los prodigios que realizó, siempre, en todos los casos, contemplan, o una enseñanza profunda y de peso, o están motivados por su amor y misericordia para la salud espiritual —seguida de la corporal, pues ante todo prevalece la *fe*—. Así que, si la finalidad única era «hacer aparecer» el estatero, bien hubiera bastado que le dijera a Pedro «Busca en el interior tu bolsa» —o sacarlo del oído de éste—. Pero este entendimiento prosaico lo coloca a la «estatura» de Simón «el mago»⁴. No, sus prodigios nunca son ociosos.

Todas estas ideas insuficientes son resultado de una conciencia demasiado absorta en los aspectos puramente materiales: la importancia del pasaje no está en el pago del impuesto, *sino en la enseñanza y su razón ontológica.*

Jesucristo hace una distinción entre dos naturalezas diferentes: los *hijos* y los *extraños*. Los hijos no son necesariamente los «sabios y entendidos»⁵. Esto es, no basta la mera asunción intelectual, la árida especulación mental, para ser considerado entre los *hijos* —en el sentido plenamente espiritual, que Paul Tillich llama «El Nuevo Ser»—. Como tampoco lo es quien se contenta con un sentimentalismo simplón, al que confunde con la fe. A éstos últimos se dirige Jesucristo en tono severo para mostrar lo superficial de su actitud.

³Mat. 8:22 y Luc. 9:60.

⁴Hech. 8:18–20.

⁵Luc. 10:21.

Los *hijos* según la fe, han sido inundados completamente por una «preocupación última». Citamos a continuación a Paul Tillich sobre este respecto:

«Preocupación última es la traducción abstracta del gran mandamiento: ‘El Señor, nuestro Dios, es el único Señor, y amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con toda tu fuerza’⁶. La preocupación religiosa es última; despoja a todas las demás preocupaciones de una significación última; las convierte en preliminares. Lo que nos preocupa últimamente es *incondicional e independiente* de todos los condicionamientos de carácter, deseo o circunstancia. [...] La preocupación total es infinita»⁷.

Los *extraños*, por el contrario, adoptan una sola línea de pensamiento y conducta durante toda su vida: la de la persecución de las cosas finitas y condicionadas. Jesucristo reprende a Marta, la hermana de María, con las siguientes palabras: «Marta, Marta, afanada y *turbada* estás con muchas cosas. Pero sólo una cosa es necesaria; y María ha *escogido* la buena parte, la cual no le será quitada»⁸. Vemos entonces que es posible *escoger*, pero el resultado no es el mismo indistintamente de nuestra elección: se vive *turbado* cuando la persona se hace súbdito de todo lo que le será quitado.

Analicemos, nuevamente con Paul Tillich, estas dos naturalezas opuestas:

«Caben tres relaciones distintas entre las preocupaciones preliminares y lo que constituye nuestra preocupación última. [...] La primera relación es la que predomina en la vida ordinaria, la cual oscila siempre entre las situaciones *condicionadas, parciales, finitas* y las experiencias y momentos en los que nos embarga el problema del *significado último de la existencia*. [Esto es, «le haré algún espacio a Dios en mi agenda»]. Sin embargo, esa separación contradice el carácter incondicional, total e infinito de la preocupación religiosa. Sitúa nuestra preocupación última junto a las demás preocupaciones y la despoja de su ultimidad. [...] La segunda relación es *idolátrica en su misma naturaleza*. *La idolatría es la elevación de una preocupación preliminar al estatuto de preocupación última*. [Y es ésta la característica más notable de los *extraños*. La gente piensa ‘¡Dios me lo dio, es mío!’ ¡No, *uno* quiso empeñarse en *ello!*]. Algo esencialmente *condicionado* se toma como incondicional, algo esencialmente *parcial* se eleva a la universalidad, y a algo

⁶Mar. 12:29–30. [Se ha transcrito aquí la versión de la *Revised Standard Version*, utilizada por P. Tillich].

⁷Paul Tillich, *Teología Sistemática*, vol. 1, p. 26. Libros del Nopal, México.

⁸Luc. 10:41.

que es esencialmente *finito* se le da una significación infinita. [...] La tercera relación entre la preocupación última y las preocupaciones preliminares convierte a estas últimas en portadoras y vehículos de las primeras»⁹.

Si el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios, naturalmente debiera propender hacia Él, mas no lo hace: «En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho; pero el mundo no lo conoció. A lo suyo vino, y los suyos no lo recibieron¹⁰. Y ésta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas»¹¹. ¿Es esto aún hoy así? ¿Ha cambiado en algo el hombre? ¿A qué se debe pues esta deformidad ontológica?

Todo mundo desea naturalmente ser feliz, y en ello —generalmente en modo equivocado— vierte todo su empeño. Para entender mejor este problema veamos qué definición ofrecen los diccionarios de la palabra «felicidad».

El *Diccionario de la Real Academia Española* ofrece las siguientes acepciones:

- Felicidad.** 1. Estado del ánimo que se complace en la posesión de un bien.
2. Satisfacción, gusto, contento.
3. Suerte feliz.

Y aún la definición del *Gran Diccionario de la Lengua Española*:

- Felicidad.** 1. Estado de ánimo de quien recibe de la vida lo que espera o desea.
2. Sentimiento de satisfacción y alegría experimentado ante la consecución de un bien o un deseo.
3. Falta de sucesos desagradables en una acción, buena suerte.

Ambas definiciones —que parecen copiadas entre sí— hacen un eco perfecto de la segunda relación expuesta por Tillich: *la idolatría*. Por el contrario, la irrupción en los *hijos* de la preocupación última es incondicional e independiente de situaciones externas y deseos personales de miras cortas.

Al revisar los diccionarios de la lengua inglesa *Merriam-Webster* e incluso la versión enciclopédica del *New International Webster's Comprehensive Dictionary of the English Language*, encontramos definiciones idénticas —y aún peores, añadiendo términos como «prosperidad», «gratificación» y «éxito»—. ¡Notemos la absorción desmesurada en conceptos tan materialistas!

Sin embargo, al cotejar esta misma palabra, felicidad, en los diccionarios alemanes *Wahrig* y *Duden*, encontramos un sentido absolutamente contrario: *felicidad* es definida como «la armonía interior en que no se tiene grandes deseos,

⁹Paul Tillich, *Teología Sistemática*, vol. 1, p. 27–28. Libros del Nopal, México.

¹⁰Jn. 1:10–11.

¹¹Jn. 3:19–20.

encontrándose en paz y equilibrio con las condiciones externas, tales como éstas sean». Es sorprendente cómo ambas definiciones se excluyen y omiten recíprocamente los conceptos sobre los cuales establecen su entendimiento de felicidad.

Los *extraños* están atados inexorablemente a leyes ajenas a sí, obligados a pagar una y otra vez la misma deuda —o mejor dicho, a pagar interminablemente los intereses contraídos, sin que en algo mengüe su endeudamiento—.

Los *estados de ánimo* de contentamiento son placeres temporales. Se confunde *alegría* con *felicidad*. La alegría es un placer corporal momentáneo por adquirir o haber logrado algo. Prácticamente la alegría está en la mente, temporal y oscilante; es inestable porque se traslada de un objeto a otro, dependiendo de si da placer o no. Observemos este pasaje por ejemplo: «Mientras él decía estas cosas, una mujer de entre la multitud [es decir, ejemplo del pensamiento típico y extendido siempre] levantó la voz y le dijo: Bienaventurado el vientre que te trajo, y los senos que mamaste. Y él dijo: Antes bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la guardan»¹². Jesucristo contraviene enfáticamente este concepto de «bienaventuranza» o «felicidad», pues se trata tan sólo de una retroalimentación mental de objetos que entusiasman al cuerpo y a la vanidad personal: «Es mi hijo, ¡y mira lo que es!», «es mi carro», «es mi casa», «es mi familia». Para no pocas personas, la vida espiritual significa simplonamente, el millón, la casa, que el hijo ya les habla, que ya tienen mujer —o marido—, etc. El placer, la alegría, el contentamiento, la gratificación, el éxito, no son más que el roce de los sentidos con sus objetos, que además es menester estar cambiando, porque de otro modo los aburre.

Otro ejemplo de este malentendido sobre la felicidad es el siguiente: «Le dijo uno de la multitud [hemos acordado ya que es una posición mental típica]: Maestro, di a mi hermano que parta conmigo la herencia. Mas él le dijo: Hombre, ¿quién me ha puesto sobre vosotros como juez o partidor? Y les dijo: Mirad, y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee»¹³. El ejemplo extremo de la extrema oquedad e insustancialidad en la vida de un hombre es el avaro; anhela desesperadamente *poseer* dinero porque éste es el único medio que conoce para proveerse de placeres —es su alegría—. A falta de gozo interno, corre con el dinero en la mano a comprar placer. Se busca poseer, aunque sea un instante.

En este sentido, una de las tentaciones que tiene Jesús en el desierto se describe así: «Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan», y su respuesta «No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios»¹⁴. «Tener hambre» es el deseo de satisfacción —puesto que a continuación proceden las tentaciones de las satisfacciones *fuera* de Dios, ¿y qué son

¹²Luc. 11:27–28.

¹³Luc. 12:13–15.

¹⁴Mat. 4:3–4.

éstas si no lo que representa el placer para los sentidos, la mente y la vanidad?—. Jesús considera por un momento lo muerto, lo inerte —implicado en la piedra—, pero visible, como objeto de satisfacción, para convertirlo en el *sustento* vital de la alegría —simbolizado como «pan»—; al momento siguiente, Jesucristo lo rechaza y condena, apuntando directamente a las palabras que proceden de Dios como fuente y sustento de *verdadera* felicidad. La felicidad no puede estar en la materia debido su impermanencia inherente.

Felicidad es estar constantemente bien; no se está poseyendo nada. «Yendo ellos, uno le dijo en el camino: Señor, te seguiré adondequiera que vayas. Y le dijo Jesús: Las zorras tienen guaridas, y las aves de los cielos nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza»¹⁵. La felicidad sigue a un cambio profundo en el pensar, sentir y actuar.

En la parábola de Lázaro y el rico se da expresión a un contraste sumamente interesante: «Y en el Hades alzó sus ojos, estando en tormentos [el rico], y vio de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno. Entonces él, dando voces, dijo: Padre Abraham, ten misericordia de mí, y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua, y refresque mi lengua; porque estoy atormentado en esta llama [anhela una gota de la felicidad que ve en el hombre de fe pero no comprende]. [...] Además de todo esto [responde Abraham], una gran sima está puesta entre nosotros y vosotros, de manera que los que quisieren pasar de aquí a vosotros, no pueden, ni de allá pasar acá»¹⁶. Jesús ha venido disertando en esta parte del Evangelio, gradualmente, insistiendo cada vez con mayor intensidad, sobre el absurdo de pretender amar simultáneamente a Dios y a las riquezas. El rico es prototipo del enajenante materialismo; Lázaro, del hombre que *vive* de «toda palabra que sale de la boca de Dios», en la fe que representa «el seno de Abraham». Existe una «distancia esencial» —¡y no en metros!— entre ambas situaciones ontológicas. Por ello el rico ve «de lejos» a Abraham. La fe y todo proceder originado en ella, ajeno a las «multitudes y su multiplicidad», le son completamente incomprensibles al *extraño*. Los *hijos*, «[...] los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón [deseo y gratificación], sino de Dios», tampoco encuentran sentido alguno en el triste cuadro de esa vida inútil, en que se «ama» *todo* por encima de Dios.

¡Esto es θαλασσας! El lugar del caos, de la enemistad con Dios, de la auténtica *distancia esencial* de Él. A este mar es enviado Pedro a encontrar el precio por un rescate; el pez es el mismo Señor Jesucristo.

πρωτον ιχθυς: El *primero*, *Jesús Cristo, Hijo de Dios y Salvador*. «Éste era en el principio con Dios»¹⁷. «En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hom-

¹⁵Luc. 9:57–58.

¹⁶Luc. 16:23–26.

¹⁷Jn. 1:2.

bres. La luz en las tinieblas [en el océano del caos] resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella»¹⁸. Y esta es la didracma o estatero: «Y abriendo su boca les enseñaba [...]»¹⁹.

Una sóla didracma, y no dos, es necesaria. Esta sola didracma, la *Palabra*, simboliza la enseñanza que vuelve el rostro y no la espalda hacia el amor divino. Es, ahora sí, *escoger* la felicidad que procede de la instrucción del maestro, que «re-une». El amor es una relación entre dos personas. No es un contrato entre ajenos, o con los *extraños*, sino la gracia que cubre, de una vez por todas, la culpa del primer pecado: el desamor. «Entrégala, por mí y por ti». Esto es, ¡*transmítela!*!, da de este amor, porque el *propio* ha reconocido y ha dicho «[...] Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Entonces le respondió Jesús: Bienaventurado eres [esto es, en esto está la felicidad], Simón, hijo de Jonás [porque ha vuelto de entre los muertos], porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos»²⁰. Esto es *conciencia espiritual*, despertar de entre los muertos y sus afectos por las piedras inertes.

Sobre este despertar escribe San Agustín:

«¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y he aquí que tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te buscaba; y deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas hermosas que tú creaste. Tú estabas conmigo, mas yo no lo estaba contigo. Reteníanme lejos de ti aquellas cosas que, si no estuviesen en ti, no serían. Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y fugaste mi ceguera; exhalaste tu perfume y respiré, y suspiro por ti; gusté de ti, y siento hambre y sed; me tocaste, y abraséme en tu paz»²¹.

Esta parábola entraña un significado poderoso y actual, y una profunda reflexión sobre los conceptos equivocados de felicidad que prevalecen y nos distancian de nuestra única necesidad genuina: el amor divino, donde descansa la vida feliz del hombre.

Los labios del Señor Jesucristo se han abierto para dar pleno sentido a la declaración del Salmo 16:11:

«Enséñame el camino de la vida. En Tu presencia la *felicidad* es plena; las delicias están siempre a Tu diestra»²².

¹⁸Jn. 1:4–5.

¹⁹Mat. 5:2.

²⁰Mat. 16:16–17.

²¹San Agustín, *Las Confesiones*, Libro X Cap. XXVII, p. 424. 2005, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid.

²²Salmos: Hebreo-Español, Fonética y leyes, Editorial Jerusalem de México.